

## Hernán Rodríguez Vargas. *Siete mitos de la Independencia de la Nueva Granada (1810-1819). Imágenes, imaginarios y politización de la historia.*

Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2023. 276 páginas.

<https://doi.org/10.15446/achsc.v52n1.116958>

El libro de Hernán Rodríguez Vargas está basado, como lo advierte su título, en la obra de Matthew Randall.<sup>1</sup> En el texto se analizan algunos procesos por medio de los cuales se construyeron, desde el siglo XIX, imaginarios sobre la independencia del país, pero que, con la ayuda de la difusión iconográfica y mediática se convirtieron en mitos tanto en una historia heroica, como en una “historia oficial” (p. 29). En este caso el mito significa algo ficticio que se acepta como cierto, total o parcialmente (p. 32), en contravía de lo que se entendió como mito en sus orígenes, esto es, una explicación verosímil a fenómenos de la naturaleza. De esta forma, Rodríguez Vargas intenta desmontar los mitos explicativos de la independencia, mostrándolos como ficticios, pero que la historiografía colombiana, desde el siglo XIX, ha querido mostrar como explicaciones verdaderas. Los siete mitos tratados por el autor son: el de los héroes de la patria; el de la poca participación de la mujer; el de la homogeneidad y completitud de la Independencia; el de las falsas equivalencias; el del Edén nacional; el de la Iglesia despolitizada; y, el de la consumación del pasado. Para cada uno de ellos dedica un capítulo en donde muestra cómo se construyó el mito y cómo se proyectó a lo largo del siglo XIX e, incluso hasta la actualidad, con el apoyo de las imágenes.

Afirmar que la independencia no fue fruto de unos hombres criollos, blancos, de la elite, que el 20 de julio de 1810 decidieron, de buenas a primeras, romper con España; o que en ese mismo proceso la participación femenina fue relevante; o que después de esa independencia no se cumplieron las promesas de libertad e igualdad, no es novedoso. Los

1 Matthew Restall, *Los siete mitos de la conquista española* (Barcelona: Paidós, 2003).

aportes del libro de Rodríguez Vargas van en otra dirección, y eso es lo que pretendemos mostrar a continuación, seguido, también, de los aspectos que bien pueden ser mejorados o complementados.

El primer aporte es de carácter divulgativo y consiste en reunir en un solo texto los mitos o las explicaciones que se dan por ciertas, pero que no lo son, sobre la independencia colombiana. Así, el lector podrá enterarse de que no solo hombres blancos, “un puñado de hombres extraordinarios”, participaron en la emancipación; otra cosa es que los afrodescendientes e indígenas, por ejemplo, hayan sido borrados de la explicación histórica. También se enterará de que muchas mujeres estuvieron involucradas en la independencia en diversos roles y que no solo debe reducirse a dos o tres, entre ellas la heroína más mediática, Policarpa Salavarrieta. El lector comprenderá, igualmente, que la independencia prometió mucho y, tal vez, cumplió poco. Solo unos cuantos lograron la ciudadanía y obtuvieron derechos plenos. Sabrá, también, que la Iglesia católica tomó partido, por la Corona unos y por la emancipación otros, y que con el tiempo se acomodó a la nueva realidad republicana porque era mejor eso a la amenaza de un cisma o de la presencia protestante.

El segundo aporte del texto es de carácter historiográfico. En un país en donde la historiografía reciente, en su mayoría, se ha construido a partir de la no-lectura, del desconocimiento y ninguneo,<sup>2</sup> del valorar los aportes de una obra dependiendo de quién la escribió, leer un libro que intenta estar actualizado es un bálsamo y una luz de esperanza. Para cada uno de los capítulos Rodríguez Vargas abordó la producción reciente, muy amplia por los bicentenarios (2010 y 2019), dialogando con ella e interpeándola. Es decir, en el libro la historiografía está viva. Esto muestra que la independencia, y los temas relacionados, son espacios de investigación activos a los que constantemente se suman nuevos textos interpretativos. Por mis intereses investigativos, ejemplo claro de ello es el capítulo sexto, “El altar, el trono y la Constitución: el mito de la Iglesia despolitizada”. En los recientes quince años he leído y reseñado varios libros que tocan el problema del hecho religioso en el siglo XIX colombiano, y en la gran mayoría de ellos encuentro que se desconoce la producción historiográfica producida desde la década de 1990, lo que significa seguir replicando explicaciones sobre el papel de lo religioso en la historia colombiana que ya han sido superadas.

El tercer aporte del libro de Rodríguez Vargas tiene que ver con cómo, al leerlo, vemos los problemas que aquél trata, pero desde nuestro presente, para entenderlos de manera estructural. Un solo ejemplo: al referirse a los héroes puede pensarse en el proceso de reivindicación heroica que vive, en la actualidad, José María Melo por parte de los gobiernos colombiano y mexicano que han dado en llamarlo el “presidente de los pobres”, porque

---

2 Aquí empleo la afirmación de Octavio Paz sobre el ninguneo, pero la extrapolo para nuestra historiografía. En este caso significaría convertir la producción historiográfica, por medio de un acto de no reconocimiento, en ninguna, en nada.

se afirma que su administración quiso defender a los artesanos. Sin embargo, esto invita a reflexionar sobre la imposibilidad de explicar el siglo XIX por fuera del sino heroico, es decir, si en los relatos históricos de esa centuria no aparecen “hombres extraordinarios” pareciera que el relato es débil porque le hace falta algo.

Cuando Rodríguez Vargas alude a los mitos de la homogeneidad y la completitud, y de las falsas equivalencias, desde el presente uno puede preguntarse sobre los logros y legados de la independencia. Desde el mismo siglo XIX se sabía que la emancipación no bastó para romper las estructuras provenientes de la Colonia; por lo menos ese era uno de los postulados básicos para justificar las reformas de mitad de siglo XIX. Sin embargo, desde la actualidad, ¿qué podemos decir al respecto? Partimos del principio de que todos somos iguales ante la ley, pero ¿qué tan efectiva es su aplicación cuando, tal vez, el problema básico de nuestra sociedad es la injusticia? Todos somos ciudadanos con derechos y garantías individuales, pero cuántos pueden acceder de manera efectiva a aquéllos, y a cuántos se les niegan continuamente. Comprendemos que en el siglo XIX las poblaciones afro e indígenas padecían discriminación de múltiples formas. Sin embargo, hoy, con 200 años de vida republicana, en donde nos entendemos como un Estado pluriétnico y multicultural, no se observa que las estructuras racistas y aporofóbicas hayan desaparecido. Por el contrario, pareciera que ha sido esa república la que ha reforzado la constante discriminación.

Rodríguez Vargas explica cómo con la independencia se reforzó el mito del Edén, el cual venía desde la llegada de los europeos a finales del siglo XV. Ese mito, reforzado desde la independencia con el favor de los viajeros extranjeros, nos ha dibujado como un espacio geográfico rico y variado, como un escenario idílico, paradisiaco. Nos ha mostrado como un país con diversidad climática y biológica que favorecería la producción agrícola y ganadera abundante, con costas en dos océanos que, supuestamente, permitirían comunicación con el mundo, además de aprovechamiento de las riquezas marinas. Es decir, Colombia sería un Paraíso. Sin embargo, desde nuestro presente, ¿qué nos ha dejado ese mito? Por eso valdría la pena que nos preguntáramos si comprendemos la diversidad y su riqueza, y si esta riqueza en recursos ha beneficiado a todos.

El autor alude, en el último capítulo, al mito del pasado consumado. En efecto no podemos entender una explicación finiquitada de ese pasado, pues como historiadores deberíamos propender por el revisionismo continuo. Y este revisionismo depende, en esencia, del presente. El presente nos debería incitar a revisar ese pasado, a deconstruirlo, a reinterpretarlo. Así, como ejemplo, Rodríguez Vargas toma la iconoclastia inherente a los estallidos sociales pues ellos resignifican los monumentos llegando, incluso, a destruirlos. Las estatuas de héroes pueden desaparecer porque para las generaciones actuales ellos ya no lo son y pretenden remplazarlos por héroes que les son contemporáneos.

El cuarto aporte del texto es el diálogo continuo con la iconografía. Rodríguez Vargas emplea 71 figuras que forman parte importante de las explicaciones. También alude a series y películas, más cercanas al público no historiador, que son referentes para el asentamiento

de los mitos. Esto podría facilitar que el libro, que es un producto académico de alto nivel, se acerque a quienes, sin ser profesionales de la historia, deseen comprender de una manera más práctica, con la ayuda de la rica iconografía que existe sobre la independencia, en tanto proceso de ruptura del orden colonial. Así, el libro podría utilizarse en espacios diferentes a la academia, por ejemplo, escuelas y colegios, por mencionar algunos.

Ahora bien, el texto presenta algunas dificultades. Rodríguez Vargas aludió a que los mitos sobre los cuales discurre su libro formaban parte de una “historia oficial”. Pregunto: ¿Existe en Colombia una historia oficial? ¿Es la historia academicista que pretendió justificar, desde la política tanto al poder como al *status quo*, una historia oficial? Esta es una discusión que debe darse y que el autor plantea sin resolver, tal vez dándola por sentada.

A pesar de ser un texto que desmenuza las interpretaciones sobre la independencia y ubica siete mitos, aparecen varias generalizaciones que son fácilmente desmontables. Por ejemplo, en cuanto a la literatura de viajes Rodríguez Vargas indica que, en la mayoría de los textos escritos por extranjeros, los grupos sociales populares se redujeron a tipos sociales vistos como obstáculos para el proyecto civilizatorio (p. 126). Esto lo afirma después de abordar los relatos de viajes canónicos. Sin embargo, después de revisar casi un centenar de relatos de viaje puedo afirmar que esta generalización solo es válida desconociendo aquellos relatos poco empleados por los historiadores. Así, lo que Rodríguez Vargas hace es, paradójicamente, avalar un mito sobre esa literatura de viajes, a la que generalmente se le ha considerado como etnocéntrica, eurocéntrica, racista y misógina. Un grupo amplio de obras nos muestra que hay matices interesantes por abordar y profundizar.

Considero, para finalizar, que se hace necesario leer el libro de Rodríguez Vargas para, por lo menos, cuestionarnos activamente sobre nuestro pasado y sobre los mitos que sobre él se han construido.

➔ **JOSÉ DAVID CORTÉS GUERRERO**

Universidad Nacional de Colombia, Colombia

[jdcortesg@unal.edu.co](mailto:jdcortesg@unal.edu.co) | <https://orcid.org/0000-0002-2581-7442>